



La reciente fiesta del "Corpus" y la Ordenación sacerdotal de los últimos jóvenes - muy cercana a nosotros por Felipe - puede hacernos reflexionar sobre lo que en la fe cristiana suponen los sacramentos. Adoramos el *Corpus* porque en él tenemos "el sacramento de nuestra fe", y bendecimos a Dios por los nuevos sacerdotes, porque ellos mismos son un sacramento, sacramento que ofrece a Dios también los otros sacramentos.

Todo esto nos puede hacer pensar si de verdad en estos tiempos los cristianos le damos la importancia que tienen para nuestra fe estos signos por los que nos encontramos con Dios y recibimos su misma vida. Porque, aunque externamente nuestras celebraciones resulten en ocasiones solemnes y hermosas, no hay duda de que el sacramento no está de moda, sobre todo si se realiza como un compromiso

en el día a día. ¿Por qué hay tantos creyentes que dicen vivir su fe sin necesitar los sacramentos? ¿por qué algunos de ellos se han convertido en ritos sociales carentes de la debida preparación y sin continuidad en la vida? ¿por qué algunos persiguen la recepción de un sacramento y rechazan los demás? ¿por qué la baja respuesta vocacional ante el sacerdocio, sacramento que transforma toda la vida en el servicio pastoral a la Iglesia?

Son muchos los que hoy defienden la idea de que la crisis actual de la fe cristiana afecta a las *mediaciones*, y de ahí a los sacramentos. Un tipo de fe que se quiera vivir como respuesta íntima a Dios, que la haga depender de los sentimientos, de la opción subjetiva que se hace por Él, que vea en Jesucristo un símbolo de vida, o una causa a seguir, no necesitará de me-

diaciones objetivas para vivir la fe. No necesitará de la Iglesia, primera mediación objetiva, corporal, ni necesitará de otras mediaciones para que la fe se haga visible, real, tangible, como son los sacramentos, o la jerarquía, o la moral, o el derecho, o la tradición, o incluso la Revelación Bíblica.

Nos estamos acostumbrando a escuchar que la fe (¿cristiana?) cada uno la vive como él la siente, que todo es opinable o discutible.

Es decir, que entre Dios y cada uno no hacen falta mediaciones ni sacramentales, ni doctrinales, ni pastorales. Nos estamos acostumbrando a ver un cristianismo donde Cristo —mediador en su carne entre Dios y la humanidad— está desapareciendo. Ese es el valor de la Encarnación: que la salvación nos es dada a través del Cuerpo del Señor que Vive. Y la Iglesia (a pesar de

todo) es su cuerpo, y los sacramentos son el medio objetivo por el que Dios toca nuestras vidas ¡hasta físicamente!, no como un símbolo o como un bonito cuento.

Recuperar el valor de lo sacramental, de lo objetivo, es una misión urgente para nuestra Iglesia, a no ser que hagamos inútil la encarnación y la resurrección de Jesús dentro de la fe. No se es cristiano sin los sacramentos, o sin la Iglesia. Se podrá ser "creyente" - como lo es un musulmán, o un budista -, se podrá ser "buena persona". Tanto para una cosa como para la otra no hacía falta que el Hijo de Dios entregara su vida, hubiera bastado una *iluminación interior* que Dios pusiera en los hombres. Sencillamente, o hablamos de una fe des-encarnada o de la fe que nos transmitieron los apóstoles.

Iglesia del Señor... ¿qué quieres ser?

